

El mundo rural en los *fabliaux*: el campesino, el herrero y el molinero

María del Pilar Mendoza-Ramos

Universidad de La Laguna

mmendoza@ull.es

Résumé

Dans le *fabliau*, la coexistence du récit et de longs dialogues fournit une extraordinaire impression de vie. Même si, à cause de sa longueur limitée et de sa nature comique, il ne constitue pas une source exhaustive d'information sur la réalité contemporaine, ce type de récit procure des données très intéressantes à propos de la vie rurale au Moyen Âge. Ainsi certains contes permettent de nuancer la satire anti-paysanne qui en général domine la littérature de cette période et qui à grands traits représente le paysan dominé par sa couardise, laideur, saleté et pauvreté. Parmi les cent cinquante textes qui à peu près sont parvenus jusqu'à nous, un peu plus de trente *fabliaux* nous montrent les paysans dans leur vie quotidienne en train de parler, de commenter, d'exprimer leur opinion ou tout simplement de réagir face à la réalité. Dans ces contes, le profil de la société travailleuse du Moyen âge se complète par la présence limitée du forgeron et du meunier, deux artisans essentiels dans la vie rurale médiévale.

Abstract

The combination of narrative with considerably long dialogues provides the *fabliau* with an extraordinary sense of life. Even though the short extent and comic character of this type of narrative prevents its use as an exhaustive source of information on its contemporary reality, the *fabliau* may still provide interesting data on the medieval rural life. Accordingly, some of these short stories allow us to somehow soften the satiric picture of peasantry portrayed by the literature of the period, one usually dominated by cowardice, ugliness, dirt and poverty. Thus, from the approximately one hundred and fifty texts which have survived to our days, over thirty *fabliaux* present peasants in their everyday life, talking, commenting, expressing their opinions or simply facing reality. The profile of the medieval working class is completed in these short stories with the limited presence of the blacksmith and the miller, two key artisans in the medieval rural life.

Key words: *fabliau*; peasant; blacksmith; miller; rural world.

Mots clés: fabliaux; paysan; forgeron; meunier; monde rural.

El mundo rural tenía un gran peso en el conjunto demográfico medieval frente a una población urbana muy limitada. De este conjunto rural, el grupo más numeroso, sobre el que recaía todo el peso del esfuerzo, estaba constituido por los trabajadores rurales, por los *laboratores*¹, compuesto por el 90% de la población occidental (Delort, 1972: 135; Fossier, 2000: 197) Pero, a pesar de no representar por su número un grupo desdeñable, a la hora de determinar la imagen que proyectaba sobre el resto de grupos humanos, se constata que se les aplicaba una estima baja, en ocasiones muy baja, tal como se puede concluir de la escasa documentación referida a él.

Dentro de la escasez, una de las fuentes más importantes para conocer la vida rural de esta época está constituida por los tratados de agricultura, como, por ejemplo, el *Ruralium commodorum opus*, escrito hacia 1305 por Pietro de Crescenzi. La traducción al francés, de la que se conservan ocho ejemplares, fue realizada en 1373 por orden del rey Charles V con el título de *Rustican ou Livre des proffiz champestres et ruraulx* (Mane, 1985: 727). Dividida en doce libros, en esta obra se abordan diferentes cuestiones de agricultura entre las que destaca cómo crear y mantener una propiedad ejemplar. Sin embargo, por ser objetos de lujo destinados a la delectación de grandes señores, reyes y ricos ciudadanos, los manuscritos conservados no pretenden ser exhaustivos ni una traducción iconográfica de las técnicas agrícolas, cinegéticas o arquitectónicas expuestas por el autor italiano. Pese a ello, su interés como testimonio de una época resulta muy alto.

Para la historia ilustrada del trabajo y vida rural también contamos con las miniaturas de muchos *libros de las horas*, obras que, en principio, estaban concebidas como una colección, generalmente ilustrada, de textos, oraciones y salmos para la práctica de la religión católica. Pronto, sin embargo, estos manuscritos añadieron a los contenidos relacionados con las horas litúrgicas otros de naturaleza profana como calendarios, donde cada mes se representaban las ocupaciones propias de la vida señorial o de los trabajos del campo. Por esta razón, estas miniaturas constituyen otra importante fuente iconográfica de la vida en los siglos XV y XVI, como ocurre en el caso de los manuscritos del siglo XV titulados *Le livre d'heures de Jacques II de Châtillon* y *Les très riches heures du duc de Berry*. No obstante, resulta evidente que tanto este tipo

¹ Hacia 1030, el obispo Aldaberon de Laon publica un poema dialogado, titulado *Carmen ad Rotbertum Regem*, donde organiza la sociedad contemporánea en tres grupos según su función: «Triples ergo Dei domus est, quae creditur una: / Nunc orant, alii pugnare, alii que laborant» (BNF ms. Lat. 14192, f° 39v, vv. 296-297). Esta división entre *oratores*, *bellatores* y *laboratores* determinará y lastrará por mucho tiempo la evolución de la sociedad.

de documentos como los tratados de agricultura deben ser usados con precaución, ya que constituyen fuentes con una visión parcial, en ocasiones teórica o incluso idílica, de la vida rural donde la fuerza humana que soporta la carga del trabajo, y que en ningún caso constituye el destinatario del texto, está poco o mal representada.

En lo que se refiere a la propia imagen del campesino los testimonios directos tanto de su pensamiento como de sus sentimientos son pocos y los documentos indirectos, proporcionados por otros estratos sociales (clérigos, nobles, mercaderes, artesanos), dan una imagen parcial e injusta. Las principales fuentes, como las recopilaciones judiciales laicas y eclesiásticas especialmente con motivo de alguna transacción de propiedad, corresponden a finales de la Edad Media. En general, los medievalistas destacan, pese a la existencia de distintos niveles de civilización entre las regiones, el analfabetismo como un rasgo generalizado de las clases rurales (Cherubini, 1990: 143). Se trata además de un grupo aislado, dominado por una religiosidad popular, que, en ocasiones, tenía contacto con la ciudad cercana a causa de alguna peregrinación (al menos a los lugares de culto más cercanos), de desplazamientos en busca de trabajo y de las migraciones periódicas, generalmente la de los pastores de las zonas de más pobre economía agraria.

Si pasamos al marco literario, concretamente al francés, tampoco la información es directa ni objetiva. Por el contrario, el campesino es víctima de una sátira constante que construye una imagen simple a partir de los defectos estereotipados de cobardía, suciedad y pobreza. El uso y abuso de estas características para provocar la risa permite constatar la existencia en este momento de una mentalidad y sensibilidad propias que no coinciden con las actuales especialmente en lo que se refiere a los locos, enfermos y pobres, entre los que se sitúan los campesinos (Ménard, 1990: 25). En su conjunto, esta visión negativa identificaba al campesino con un tipo humano inferior que pertenecía a un orden separado casi infrahumano y lo acercaba a otros grupos sociales como los judíos, los sarracenos y los heréticos que también sufrían este menoscabo social (Freedman, 1992: 540).

Esta sátira anticampesina queda perfectamente ilustrada en *Des XXIII manières de vilains*², texto en prosa y verso de la segunda mitad del siglo XIII, donde un juglar, con el fin de saldar por medio de la risa la deuda que tiene con los clérigos («Por ce que li clerc me soutiennent / Et me revestent et retiennent, / Por ce he je touz les vilains / Qui n'aimment clers ne chapelains», vv. 31-41) identifica e intensifica los defectos achacados a los campesinos, a quienes, al final del texto, se les desea mil males así como a otras profesiones (orfebres, carpinteros, cocineros, carniceros, artesanos del pergamino, etc., vv. 75-83). En todos los casos, a partir de una serie de

² La edición de la obra corresponde a Edmond Faral, quien, en 1922, publicó la versión contenida en el manuscrito FR 12581 de la Bibliothèque Nationale de Paris. Faral denomina *B* a esta versión para diferenciarla de una primera más corta, recogida en el manuscrito BNF Fr 1553.

rasgos, gestos o palabras propias del campesino, se perfila un tipo al que se bautiza con un nombre derivado de estas características. Para Edmond Faral (1922: 245-246), es precisamente en esta evocación pintoresca de ciertas actitudes de los personajes y en su clasificación burlesca donde reside la naturaleza cómica de esta obra. Así podemos mencionar el tipo del campesino porcino que es «[...] cil qui labeure es vignes et ne vuet anseingnier le chemin as trespasanz, ainz dit a chascun: “Vos le savez miaus que je ne fais”»; el villano puro es «[...] cil qui onques ne mist franchise en son cuer des l'eure qu'il vint de fons» ; o el caso de «li vilains baboins est cil qui va devant Nostre-Dame a Paris et regarde les Rois et dit: “Vez la Pepin, vez la Charlemainne”; et en demantiers on li cope sa bource ou la corne de son chaperon par darrierer» (Faral, 1922: 251 y 254). Entre los veintitrés modelos de campesino³, encontramos, por un lado, alusiones al aspecto físico con referencias a la pobreza de su ropa y calzado (*li vilains tubez* y *li vilains doubles touvez*) o a sus métodos para evitar el desgaste de sus zapatos (*li vilains ferrez*). Por otro lado, también se enumeran los defectos morales, esencialmente basados en la falta de cortesía del campesino, derivada de su propia naturaleza (*li vilains purs*) o acentuada por su aislamiento al vivir en el bosque (*li vilains ramages*); en su mala voluntad y envidia, generadas por sus privaciones (*li vilains chemins*); en su ambición, que lo lleva a convertirse en abogado de los intereses de otros campesinos (*li vilains princes*); en la ingenuidad, que lo expone al robo (*li vilains baboins*) o a la dominación de su esposa (*li vilains asnins*); en el interés propio, para lo que se sirve de la hipocresía (*li vilains apensez*) o que lo lleva a contraer matrimonio con una gentil doncella (*li vilains antez*) ; o, finalmente, en su carácter pródigo (*li vilains cornuz*). Todos estos rasgos contribuyen a fundamentar una imagen muy negativa del campesino, de su manera de entender la vida, de sus modales, de sus cualidades morales opuestas a otros modelos mejor valorados socialmente.

En este sentido, si se realiza un rápido recorrido por los diferentes géneros medievales, incluso cuando el perfil del público es bastante abierto, como en los cantares de gesta, se constata la misma realidad: el comportamiento de los personajes responde al código caballeresco y se trabaja con unos valores, en muchos casos de tipo cortés (servicio a las damas, valentía, generosidad, lenguaje cuidado, modales refinados), que se escapaban en todo al sistema de vida y las prioridades de otro grupo social que no sea el de la nobleza. Estas obras no constituyen, por lo tanto, el medio más propicio para la aparición de personajes rurales y, cuando en alguna ocasión aparecen, suelen ser pastores caracterizados por su brutalidad, fealdad, como en *Aucassin et Nicolette* (1973: 114) o incluso caracterizados por la desproporción de su cuerpo, descrito con rasgos que lo acercan al mundo animal, como el guardián de los toros en *Yvain ou le Chevalier au lion* de Chrétien de Troyes (1982: vv. 286-305) . Se intensi-

³ Según Edmond Faral (1922: 246), el número veintitrés no es casual sino que corresponde al número de letras del antiguo alfabeto latino.

fica así su alejamiento del equilibrio y belleza del modelo cortés, lo que termina contaminando el significado de la palabra que lo designa, *vilain*⁴. El único personaje rural que parece despertar algún interés es el pastor y la pastora presentes en las *pastourelles* de los trovadores del norte de Francia. Pero, incluso en este caso, son personajes que aparecen idealizados en sus características o exagerados en sus defectos con la intención de provocar la risa.

Exceptuando los *miracles* franceses, donde tiene un lugar destacado (Lorcin, 2011: 166), y *Le Roman de Renart*, en algunas de cuyas *branches* puede ser solo un personaje anónimo o uno de sus protagonistas, como el campesino Liétard en la *branche* X (Dufournet, 1990: 56-69), por su propia naturaleza y función cómica, solo tres géneros, los *fabliaux*, las *nouvelles* y las farsas, acogen entre sus protagonistas al campesino, especialmente destacado entre los limitados perfiles de los *laboratores*. En *Les cent nouvelles nouvelles*⁵, debemos señalar que, aunque la obra sufrió, en mayor o menor medida, la influencia de los propios *fabliaux* y a pesar de ser un medio propicio para la aparición de personajes rurales, solo encontramos a cinco campesinos como personajes secundarios o principales (cuentos 11, 12, 79, 88, 89), todos ellos caracterizados por su simpleza, espíritu de trabajo y carácter grosero; algún pastor (cuentos 57 y 82); un carretero (cuento 54), quien, junto con el pastor del cuento 57, protagoniza una historia de amores con una doncella noble; un molinero, víctima del abuso de su señor de quien consigue vengarse (cuento 3); y un herrador desgraciado en su matrimonio (cuento 84). Por su parte, la farsa, producto esencialmente de la ciudad, presenta mayoritariamente oficios urbanos o relacionados con las actividades comerciales. Sin embargo, resulta posible encontrar algún ejemplo de personaje rural como, por ejemplo, en *La farce de Maître Pierre Pathelin*, donde un pastor conseguirá los servicios profesionales de Pathelin, abogado y especialista en engaños, para defenderse de la acusación de robo y sacrificio de las ovejas que contra él lanza el pañero, su patrón.

⁴ A comienzos del siglo XII, al establecerse una analogía entre la baja condición del campesino y su valor moral, la palabra *vilain*, según recoge Frédéric Godefroy en su *Dictionnaire de l'ancienne langue française du IX^e au XV^e siècle*, pasó del marco social al moral y empezó a significar por extensión 'celui qui a des sentiments communs, laids' (s.v. *vilain*). De nuevo, por extensión, en el contexto simplemente físico, el empleo como adjetivo de *vilain* incorpora en el siglo XIII la acepción 'laid physiquement' (TLF, s.v. *vilain*), trasladando así al ámbito físico la acepción moral al designar lo que es desagradable a la vista, feo (Matoré, 1985: 203). El sustantivo *paysan*, que aparece registrado hacia 1140, adquiere también, aunque ya en la primera mitad del siglo XIII, una acepción peyorativa en cuanto a las cualidades morales e intelectuales como 'nigaud, imbécile, rustre' (TLF, s.v. *paysan*).

⁵ Pese a que haya *nouvelles* que no tienen nada de cómicas sino más bien de trágicas como la número 69 y la 98, es posible hablar de un contenido cómico en el 90% de las historias (edición de Sweetser, 1996). Este contenido cómico resulta especialmente de los temas extraídos de la vida cotidiana y organizados en dos grandes grupos temáticos: la vida amorosa, presente en el 83% de los cuentos, y otras cuestiones cotidianas, desarrolladas en el 17% de las *nouvelles* (Mendoza-Ramos, 2007).

Finalmente, en su corpus limitado⁶, los *fabliaux* presentan en su cotidianidad a personajes de todas las categorías sociales, si bien los narradores tienen preferencia por los personajes populares y los estratos más bajos de la comunidad religiosa. Aunque más cercanos a la realidad que el relato cortés, estos cuentos no se pueden considerar un testimonio exacto de la vida en la Edad Media precisamente por su brevedad (raramente sobrepasan los trescientos octosílabos) y por ser un relato basado en la acción y el diálogo con una finalidad clara: hacer reír. Todo ello reduce bastante el espacio para la descripción, ya sea de la psicología de los personajes o del espacio (la ciudad o el campo apenas están descritos). Sin embargo, es posible entresacar información muy interesante acerca del aspecto, valores y sobre la actividad rural de la amplia treintena de *fabliaux* que describen y muestran a campesinos hablando, expresando su opinión o simplemente reaccionando ante la realidad.

De esta manera, en lo relativo a su aspecto exterior, normalmente los *fabliaux* insisten en la fealdad de los campesinos, la suciedad y pobreza de sus vestidos como en *Constant du Hamel* (Montaignon, IV, CVI), donde se nos presenta a un campesino rico que aparece a menudo sin afeitarse ni cortarse el pelo, además de sucio, con la piel curtida por la intemperie, manos callosas y desprendiendo mal olor; o en *Le vilain de Bailleul* (Montaignon, IV, CIX), que insiste sobre la talla sorprendente del personaje, así como sobre su feo rostro. La descripción de uno de los boyeros que trabajan para el campesino protagonista de *Le flabel d'Aloul* llega a la caricatura al presentarlo con un ojo bizco y el otro tuerto, mirada torcida y un pie derecho y el otro torcido (Montaignon, I, XXIV: 278, v. 701). A estos rasgos negativos, se añade, con *Le pet au vilain* (Montaignon III, LXVIII), la historia de un campesino que llega a asquear con sus gases fétidos hasta a los propios demonios. Aquí Rutebeuf explica de qué forma los campesinos también pierden el Infierno, único lugar que les quedaba después de que Dios les negara un sitio en el Paraíso, y, ante esta situación de exclusión de ambos reinos (Cielo y Infierno), este autor considera que lo que les queda a estas almas es ir a «chanter avec les raines» (v. 70).

La escasa elegancia de sus vestidos constituye otro rasgo negativo del aspecto exterior del campesino. En este sentido, Georges Matoré (1985: 224) señala que el vestido del *vilain* era escaso y con poca variación, compuesto esencialmente en el siglo XII «[...] du *chainse*, du *sayon* qui est une sorte de tunique, de la *coule*, blouse à capuchon et pour les hommes des *braies*. Tous portent, quand ils ne sont pas nu-pieds en été, des sabots ou *charboles*». Para establecer el modelo de vestido del siglo XIII, tenemos el *fabliau* titulado *L'oustillement au vilain* (Montaignon, II, XLIII), donde se

⁶ Si bien se puede afirmar que en su conjunto los *fabliaux* no sobrepasan los doscientos textos, resulta difícil establecer su número exacto. En este sentido, hay que señalar que la delimitación de su corpus ha planteado cierta controversia entre los medievalistas y así encontramos que Joseph Bédier (1969: 38) habla de 147 *fabliaux*, precisando que hay 92 cuentos anónimos y 55 con nombre de autor, Per Nykrog (1973: 15) identifica 160 y Philippe Ménard (1983: 10) los reduce a 130.

precisa que el campesino debe llevar: «Sollers et estivaus, / Et chaucés et housiaus, / Cotele et sorcotel, / Chaperon et chapel / Corroie et couteliere, / Et borse et aumosnière, / Et mouffles bien cuiries» (vv.167-173)⁷. Su traje simple y vasto estaba tan bien establecido que el juglar protagonista del cuento *Boivin du Provins* (Montaiglon, V, CXVI), que busca la fama de sus hazañas⁸, no tiene dificultad para disfrazarse de campesino usando como tejido el basto sayal de un vulgar color gris y calzando zapatos de cuero de vaca duro y fuerte. Para darle más realismo a su disfraz, Boivin tiene la precaución de no afeitarse en un mes, de llevar en una de sus manos una aguijada y de colgar de su cintura una gran bolsa de cuero⁹.

Pero los defectos no se limitan a la fealdad, suciedad y aspecto en general poco cuidado sino que el trabajo constante, además de unas manos callosas, provoca una fuerza física considerable que, fuera de la labor propia del campo, se convierte en fuerza bruta. De esta manera, en *Le vilain au buffet* (Montaiglon, III, LXXX), un campesino de aspecto miserable, una vez que ha terminado de comer en el banquete ofrecido por el señor a todos los habitantes del lugar, se *despedirá* del senescal dándole tal bofetón que lo hace caer al suelo al tiempo que le dice: «[...] vo buffet et vo nape / Vous rent, je ne l'en quier porter; / A homme fet mauvès prester / Qui ce ne rent que l'en li preste» (vv. 170-173). Para ello, se sirve de su enorme mano y de su gran fuerza física: «Et li vilains la paume estent / Qu'il ot dure et plaine de gales; / N'ot si fort homme jusqu'en Gales» (vv. 164-166). Responde así a la desabrida acogida que tuvo cuando, como respuesta a su pregunta sobre dónde sentarse, el senescal¹⁰, de mal humor por el despilfarro de su señor, le propinó un sonoro bofetón acompañado del siguiente juego de palabras: «Or sié, fet il, sor cest buffet / Que je te preste, or te sié sus» (vv. 124-125)¹¹.

⁷ Por la valiosa información que proporciona acerca de la vida cotidiana del campesino medieval, este *fabliau* ha sido objeto de varios trabajos muy interesantes, como los de Nystrom (1940), Lorcin (1985) o, en el plano léxico, el de López Alcaraz (2000).

⁸ Para Jean-Claude Aubailly (1987: 117), por su temática, se puede considerar este *fabliau* precursor de la farsa, y a Boivin un precedente del personaje que aparece en ella, pues basa su estrategia de interacción en el engaño y, de esta forma, bajo una aparente ingenuidad, manipula y se burla de aquellos que viven de la mentira.

⁹ Esta es la bolsa que, según el tipo del *vilain baboins* presentado en *Des XXIII manières de vilains*, los ladrones roban al incauto campesino; y que, precisamente en este *fabliau*, Boivin utiliza para despertar la codicia de aquellos a cuya costa quiere divertirse.

¹⁰ En este cuento, encontramos un ejemplo de la presencia del doble empleo de *vilain* como sustantivo y adjetivo, ya que, para completar el perfil moral de este senescal, perfil delimitado por los rasgos «felon, et aver, et recuit» (v. 30), se añade en el verso 49 el uso de la forma adjetiva de *vilain* con el sentido de 'infame' (López Alcaraz, 1991: 91).

¹¹ Este relato se integra en un pequeño grupo de *fabliaux* cuyo recurso para provocar la risa se basa en los mecanismos significativos de la lengua que pueden conducir a la ambigüedad, definida por Jean-Claude Aubailly (1987: 106) como «fausse compréhension du langage». Esta deficiente o nula com-

En lo relativo al comportamiento y a la psicología del campesino, también seguimos encontrado mayoritariamente rasgos negativos. De esta manera, su excesiva ingenuidad, que roza la estupidez, define a algunos de estos personajes, como en *Estu-la* (Montaignon, IV, XCVI), donde un pequeño terrateniente y su hijo son víctimas de un robo por creer que su perro habla; o en *De Brifaut* (Montaignon, IV, CIII), donde un «vilain riche et non sachant» (v. 1) será víctima impotente de un ladrón que le roba la tela que llevaba al mercado para vender. En *Le vilain de Farbu* (Montaignon, IV, XCV) también se pone a prueba la estupidez de otro campesino que carece del mínimo sentido común y que recibirá lecciones de su hijo, mucho más discreto que él. Esta estupidez innata roza la caricatura en *De la sorisete des estopes* (Montaignon, IV, CV), donde un «vilain sot» recién casado es víctima de la traición de su esposa a causa de su ignorancia de lo relativo a la vida marital.

Como vemos, en todos estos casos, los campesinos están determinados por sus limitaciones intelectuales de lo que invariablemente se derivan repercusiones negativas. En este grupo, debemos destacar el *fabliau* titulado *Roman de Trubert* (Méon, I: 192-285) donde un campesino, a pesar de ser descrito en un primer momento como «nices et fox» (v. 38), se caracteriza por su malicia, su odio y deseo de venganza instintiva contra el señor al que sin ningún miramiento roba, ultraja e hiere sin piedad en repetidas ocasiones sirviéndose del engaño y del disfraz. Así pues, Trubert, «qui plus gaaigne qu'il ne pert (v. 400)», se puede presentar como un ejemplo perfecto del personaje de *fabliau* cuyas acciones no están sujetas a ningún código más que al deseo de colmar sus intereses, en este caso de venganza. Por ello, por ejemplo, después de que, disfrazado de carpintero, le infligiera las graves heridas que mantienen postrado al señor del castillo, Trubert se presenta como el único médico que puede sanarlo y, sirviéndose del engaño bajo una nueva identidad, vuelve a darle al señor otra paliza¹².

Pero a veces esta ingenuidad encierra cierta malicia como en *De Brunain. La vache au prestre* (Montaignon, I, X), donde, siguiendo las indicaciones que el cura lanzó en su sermón (dar lo que se tiene para recibir el doble de Dios), un matrimonio de campesinos decide dejar su única vaca en la cuadra del cura. Sin embargo, cuando Brunain, que estaba atada a la vaca de este, sale a pastar, volverá por costumbre a su propio establo llevando consigo al otro animal. Esto provocará la alegría de los cam-

prensión del lenguaje provoca una evidente incompetencia lingüística del personaje incapaz de descifrar el mensaje que se oculta tras el sentido literal de las palabras. Así, por ejemplo, en *De la vieille qui oint la palme au chevalier* (Montaignon, V, CXXVII), todo el cuento gira en torno a la ignorancia por parte de una vieja del sentido figurado de *oindre la palme* ('sobornar'), por lo que, siguiendo el consejo de una amiga, *untará* con grasa la palma del caballero a quien pide ayuda. Concretamente en el caso de *Le vilain au buffet*, se parte de la homonimia del significante *buffet* que en este momento aludía a 'soufflet' y 'table' (*Dictionnaire de l'ancienne langue française du IX^e au XV^e siècle, s.v. buffet*).

¹² Este cuento basa su comicidad en la repetición y el automatismo que conducen a la necesaria insensibilidad del receptor para que surja la risa (Bergson, 1956: 90, 111).

pesinos, quienes se oponen a devolver al cura lo que *Dios les ha duplicado*, como oyeron en el sermón.

En alguna ocasión, el fondo religioso que se les atribuye queda comprometido por su naturaleza simple, dominada por lo físico, por lo material¹³. De esta forma, en *Du prestre qui dist la Passion* (Montaignon, V, CXVIII), se nos presenta, reunido en la iglesia el Viernes Santo, al conjunto de campesinos ante un cura que no termina de encontrar en su misal la homilía correspondiente a ese día. El retraso hace que: «[...] li vilain molt se hastoient / Que tot ensamble s'escríoient / Qu'il les faisoit trop jeüner; / Quar il estoit tens de disner, / S'il eüst le service fait» (vv. 13-17)¹⁴. Esta falta de sincera religiosidad lleva incluso al protagonista de *Du vilain qui donna son ame au deable* (Montaignon, VI, CXLI) a hacer un pacto con el diablo para saciar su desmesurada codicia.

Otro rasgo negativo de este personaje son los celos que, en ocasiones, lo convierten en un ser muy violento, como en *Le vilain mire* (Montaignon, III, LXXIV), donde se presenta a un campesino avaro (he aquí otro rasgo negativo para engrosar la lista) y rico que toma por esposa a la hija de un caballero pobre. Para evitar la posible traición de su joven y bella esposa mientras él está en el campo atendiendo sus labores, este campesino decide golpearla cada mañana para que el dolor y el llanto le impidan prestar oídos a los galanteos de algún joven ocioso. Encontramos en este cuento el tema del matrimonio desequilibrado entre miembros de dos grupos sociales diferentes: «El país ot .I. chevalier, / Viez hom estoit et sans moillier, / S'avoit une fille mout bele / Et mout cortoise damoisele, / Mès por ce qu'avoirs li failloit, / Li chevaliers pas ne trovoit / Qui sa fille li demandast» (Montaignon, III: 156-7). Este desequilibrio entre los cónyuges, no siempre aprobado por los autores a causa de la contradicción implícita entre los valores del dinero y de la aristocracia, desemboca en ocasiones, como en esta historia, en acciones que pretenden subsanarlo¹⁵. Así, el miedo al adulterio de esta esposa superior provoca los celos excesivos y la violencia en el marido, quien se cree con derecho a ello para salvaguardar su honor (Dufournet, 1992: 105-108). A esta esposa sometida, no le queda más recurso que aprovechar las circunstancias favorables para deshacerse del marido cruel. De esta manera, y como con-

¹³ La religiosidad del pueblo llano estaba salpicada de creencias precristianas que la Iglesia, sobre todo en el ámbito parroquial, tuvo que asimilar. Destaca, en este sentido, la relación contractual que el campesino mantenía con los santos basada en ofrendas hechas para asegurarse la bondad de las cosechas, la clemencia del cielo y la salud de los hombres y de los animales (Cherubini, 1990: 144).

¹⁴ La rudeza y simpleza de estos campesinos recuerda a las de los «bons, rudes et simples paysans» y del cura del cuento 89 de *Les cent nouvelles nouvelles*, quienes, absortos en su cotidianidad, se olvidan de celebrar la Cuaresma (1996: 512).

¹⁵ A este respecto, Marie-Thérèse Lorcin (1976: 197-202) afirma que, si el marido es un campesino, el matrimonio dispar entre cónyuges de categoría social diferente está siempre condenado en los *fabliaux* principalmente porque la causa de esta *mésalliance* nunca es el amor sino el dinero.

secuencia de la propia esencia del *fabliau*, que consiste en buscar la risa, en estos casos donde la violencia se ejerce de manera ciega, la intriga lleva al personaje a probar de su propia medicina: el campesino cruel será a su vez apaleado por los sirvientes del rey por negarse a poner en práctica la supuesta sabiduría médica de la que su joven esposa le ha hablado. En *Le flabel d'Aloul* se vuelve a asociar la riqueza del campesino con su avaricia y los celos desmesurados con el hecho de tener una esposa bella y gentil, perteneciente a un estrato social superior al ser, en este caso, hija de un valvasor. Aquí también el exceso, en este caso, de los celos infundados que provocan la infelicidad de la esposa a causa de la vigilancia y fiscalización férreas del marido, aparece como la justificación del *castigo* que recibe el campesino, convertido en víctima del adulterio de su mujer.

Pero los celos y la fealdad caracterizan especialmente a la parte masculina de este grupo social porque las mujeres y las hijas de los campesinos son lo suficientemente atractivas para despertar el deseo y ser objeto de seducción, lo que añade en muchos casos un rasgo negativo más sobre la imagen del campesino que, por su ingenuidad, estupidez o maldad, es víctima del adulterio (Freedman, 1992: 540) o del engaño de un seductor. La belleza de la joven campesina aparece mencionada en *Le meunier d'Arleux*, donde constituye un elemento clave del argumento ya que despierta el deseo del molinero y da lugar a su plan para seducir a la joven. En *De la pucele qui abevra le polain* (Montaignon, IV, CVII), encontramos a un rico campesino, descrito como «molt beste» (v. 46), padre de una hija gentil y bella cuyo recato e ingenuidad exagerada la convierten en víctima propiciatoria de un clérigo. Por su parte, la ingenuidad y estupidez del campesino aparecen ilustradas en *Le vilain de Bailleul*, donde la descripción de la fealdad del campesino, como si fuera una justificación, precede al anuncio de la relación adúltera de su esposa con el cura. Así, con su regreso inoportuno a casa tras un duro día en el campo, este campesino interrumpe el encuentro adúltero de su esposa y el cura. La mujer, que no está dispuesta a desaprovechar la ocasión de gozar de su amante, finge asustarse de la extrema palidez del marido, un claro síntoma de la cercanía de la muerte. Luego, con la ayuda del cura, quien le dará la extremaunción, convence al esposo de su muerte y, de esta manera, es decir, de *cuervo presente*, el campesino estúpido asistirá al encuentro sexual entre los amantes, limitándose simplemente a protestar: «[...] / Certes, se je ne fusse mors, / Mar vous i fussiez embatuz, / Ainz hom ne fu si bien batuz / Com vous seriez ja, sire prestre» (vv. 96-99).

En lo que se refiere a la figura dominante en el matrimonio de campesinos, se debe señalar que no siempre el esposo impone su voluntad en la pareja ya que, en alguna ocasión, encontramos a la esposa dominante que dirige con mano firme al marido como en el cuento titulado *Les .IIII. souhais san Martin*. Así, cuando el campesino vuelve antes de tiempo del campo, la esposa no se detiene a preguntar cuál es la causa de su regreso inopinado sino que le reprocha directamente su holgazanería

(«Onques n'amastes laborage», v. 38). Junto con la avidez sexual de la esposa, esta discordia conyugal será la causa de que la pareja desperdicie los cuatros deseos que San Martín le había concedido esa mañana al campesino y que los esposos no sean capaces de ponerse de acuerdo para mejorar su situación¹⁶. Por su parte, en *Du vilain et sa femme* (Legrand, II: 330-331), se nos presenta la debilidad de carácter de un campesino, resignado y sometido a la tiranía de su esposa, cuya relación conyugal se construye sobre la constante contradicción de la voluntad del marido

Finalmente, como prueba definitiva de la consideración negativa que sufría el campesino, mencionaremos dos cuentos donde se pone de relieve su naturaleza basta y ordinaria. Por un lado, en *Le vilain asnier* (Montaignon, V, XCIV), la única solución que se encuentra para despertar a un campesino del desmayo que sufre al pasar por la calle de las especias será volver a hacerlo respirar el hedor del estiércol que él mismo recogía. Por su parte, en *Des chevaliers, des clercs et des vilains* (Barbazan, I: 45-7), se incide en la vulgaridad al comparar los gustos y costumbres de estos tres grupos sociales ante un bello paisaje: los caballeros desearían tener buenas viandas para disfrutar del paisaje; los clérigos querrían gozar de placeres carnales; y, en tercer lugar, aunque los campesinos también se detienen para admirar el delicioso lugar, se invita al receptor a imaginar el *uso* que estos *vilains* hicieron del lugar. Sin embargo, como queriendo paliar en parte la validez universal de este prejuicio, al final del *fabliau* se precisa que, de todas formas, sea cual sea su rango social, solo el corazón y las acciones de alguien lo convierten en *vilain* (adjetivo que tiene aquí un valor moral).

Pero, no todo es negativo y también se puede encontrar algún ejemplo donde el campesino da muestras de astucia, valor o ingenio. En este sentido, Marie-Thérèse Lorcin (2000: 5) habla de un «retrato en blanco y negro» del campesino en estas obras ya que, aunque generalmente este personaje sea objeto de engaños por parte de miembros menores de la Iglesia o de sus propias esposas, a veces presentan también cualidades positivas. Sin embargo, frente al completo perfil negativo del campesino de la mayoría de los cuentos, el interés por ahondar en retratos rurales positivos no va más allá de lo que se deduce de la propia acción, lo que, según esta autora, se explica por la continuación de un *topos* antiguo implicado por el personaje del campesino feo y sucio al que, como una innovación de los narradores del siglo XIII, se opondría este nuevo campesino inteligente y sensible. En estos cuentos, en todo caso minoritarios, prima la esencia cómica del *fabliau*, caracterizada por buscar un factor que despierte la sorpresa del receptor y, como consecuencia, su risa ante lo inesperado y novedoso. De esta manera, en *Les deux bourgeois et le vilain* (Legrand, I: 312-6), un campesino se burlará de los dos burgueses con los que comparte el camino y los gastos de la pe-

¹⁶ Tenemos aquí un caso de religiosidad contractual, anteriormente mencionada, que parece establecerse entre este campesino y San Martín, santo al que se encomienda diariamente antes de empezar su labor.

regrinación, adelantándose a la mala jugada que estos planeaban contra él. Otros campesinos tienen un valor sorprendente como en el cuento anteriormente mencionado, titulado *Du vilain au buffet*, donde, sin tener en cuenta las consecuencias, un campesino se enfrenta a un valvasor para defenderse del atropello del que ha sido víctima. Otros incluso saben mostrarse generosos y hospitalarios como en *De Gombert et des deux clercs* (Montaignon, I, XXII) o en *Du pauvre clerc*¹⁷ (Montaignon, V, CXXXII), lo que en estos cuentos constituye una gran virtud y así vemos que los autores reservan un castigo para quienes niegan el alojamiento (Lorcin, 2011: 174). También la amistad, el sentido del deber y la honradez definen a algunos personajes como en *De la male Honte* (Montaignon, IV, XC) ya que los numerosos golpes recibidos la primera vez justificarían que el campesino encargado de cumplir el deseo de su compadre se volviera a casa sin más. Sin embargo, pese a las amenazas y dolorosos golpes, el personaje insiste hasta entregar al rey «la male Honte» (es decir, la maleta de Honte) con la mitad del haber del difunto, tal como estipulaba la ley. En *De la coille noire* (Montaignon, VI, CXLVIII), se nos presenta a un despierto campesino, quien sabe salir airoso del pleito que, por iniciativa de su mujer, lo lleva ante el obispo. También encontramos a matrimonios campesinos armoniosos que buscan la manera de hacer frente a aquellos que quieren desestabilizar la paz del hogar. De esta manera, en *De Constant du Hamel* (Montaignon, IV, CVI) o en *Des .IIII. Prestres* (Montaignon, VI, CXLII), la astucia y la inteligencia permiten que los campesinos protagonistas de ambos cuentos consigan, con la ayuda de sus esposas, defender su honra y vengarse de los seductores que pretenden mancillarla. Por su parte, el ingenio domina al campesino de *Le vilain qui conquist le paradis en plaidant* (Montaignon, III, LXXXI), cuya alma se dirige al Paraíso y se resiste a aceptar las negativas consecutivas de San Pedro, Santo Tomás y San Pablo. Haciendo uso de un discurso argumentativo basado en el descrédito de quienes le niegan la entrada al Paraíso, desautoriza a los santos. El propio Dios deberá ocuparse del asunto y, tras oír los argumentos contundentes del villano, le abrirá las puertas del Cielo. Queda así ilustrada la afirmación con la que se cierra el cuento, «Mielz valt engiens que ne fait force» (v. 179), que, en definitiva, constituye la filosofía que domina el universo del *fabliau*.

En cualquier caso, resulta evidente que todos los rasgos negativos que definen al campesino parecen justificar la falta de empatía que existe en los *fabliaux* hacia su dura vida cotidiana. Además, esta descripción y justificación de la ausencia del hogar del campesino no constituye un testimonio de la realidad sino un recurso narrativo

¹⁷ Después de muchos esfuerzos, algún campesino podía mandar a su hijo a estudiar a París para conseguir así su promoción social, es decir, «por honneur conquerre» en palabras de Rutebeuf (*Le diz de l'Universitei de Paris*, 1839: vv.14-20). En ocasiones, estos escolares no conseguían terminar sus estudios y debían volver a casa por carecer de los medios necesarios para mantenerse en la ciudad.

que tiene como misión permitir el adulterio de las esposas¹⁸. Pese a ello, en todos los casos, se nos describe a un trabajador rural del que prácticamente nunca se menciona su estatus, salvo en *Du segretain moine*, donde se habla de «Tibout le moitoier» (Montaignon, V, CXXXVI: 232), ni del estatus de sus tierras, aunque siempre queda claro que el campesino es propietario de terrenos goza de amplia autonomía, gestiona su explotación con acierto, puede tener una «mesnie», es decir, un grupo de trabajadores a su cargo, y, sobre todo, trabaja sin descanso.

Guiados por un deseo de autenticidad, los diferentes narradores presentan pinceladas de la dura realidad del medio rural y, en especial, de la agricultura, que aparecen evocadas de manera puntual; por ejemplo, la constante incertidumbre de los resultados de la cosecha a causa de las inclemencias del tiempo está evocada en *Des estats du siècle* (Montaignon, II, LIV), donde un joven sin oficio intenta colocarse en la vida y, tras probar el estado de la clerecía y el comercio, se decide por la agricultura porque piensa que todo son ventajas y no implica riesgo, pero pronto abandonará esta actividad a causa de sus malos resultados: «Cilz, qui avoit le cuer volage, / Commencez louer cultivage, / Quar l'en puet gagnier en cultil / Sans grant travail et sans peril, / Sans aller loing de sa maison. / Mais après vint une saison, / Quant il cuida grant gaing aquerre, / Sa semence pourrist en terre / Et ne gita berbe ne grain. / Si se sentist por fol vilain, / Et jura par sa main senestre / Que Chevalier lui convient estre» (vv. 37-48). El duro trabajo diario se menciona en *De la coille noire*, donde la aventura surge cuando el campesino está sentado junto al fuego reponiéndose de un día de dura labor; o en *De la crote* (Montaignon, III, LVIII), donde se nos presenta a una pareja de campesinos junto al fuego del hogar, suponemos, después de acabada su jornada de trabajo: el marido, que aparece rascándose, está sentado sobre un cojín de paja y la mujer sobre una estera (vv. 8-11). La imagen concreta del campesino unido al arado queda ilustrada en *Le vilain au buffet*, donde un campesino acaba de dejar el arado, la *charrue*; en *De Constant du Hamel*, donde otro se dirige a cogerlo; o en *Le vilain mire*, en el que se nos muestra a un campesino trabajando la tierra con la ayuda de su arado tirado por un rocín. No se suele precisar lo que se cultiva y únicamente encontramos mencionado el trigo en *Le vilain de Bailleul*, en *De Constant du Hamel* y en *Le vilain mire*, donde se menciona su abundancia como signo de riqueza del campesino (v. 29); o los repollos (v. 22) en *Estula*, donde también se nombran las ovejas (v. 23), objeto de la codicia de los ladrones. Se recuerda asimismo la vida difícil del campesino que trabaja de la mañana a la noche en *Le paysan de Bailluel*, todos los días del año en *De Constant du Hamel*, la precariedad que generalmente domina su vida en *Des deux chevaux* (Montaignon, I, XIII), donde se presenta a un campesino intentando vender su famélico rocín porque carece de la avena y forraje suficientes para

¹⁸ En el caso de *Les cent nouvelles nouvelles*, los relatos utilizan la ausencia no solo del campesino sino también la del comerciante como espacio propicio para el adulterio de la mujer.

alimentarlo. Este trabajo físico se acompaña, en muchas ocasiones, de las preocupaciones que conlleva la explotación de la granja como en *De Barat et Haimet ou des trois larrons* (Montaignon, IV, XCVII), donde un matrimonio de campesinos intenta encontrar la manera de recuperar la pieza de tocino de un cerdo criado por ellos mismos que unos ladrones les han sustraído. En *Du prestre qu'on porte ou de la longue nuit* (Montaignon, IV, LXXXIX), un campesino y su mujer discuten a propósito de qué hacer con la avena y cereal que guardan en el granero ya que carecen de dinero y deben hacer frente a sus deudas con los vecinos.

De acuerdo con toda esta información sobre la vida cotidiana que encontramos en los *fabliaux*, podemos decir que el personaje del campesino, del *vilain*, presenta generalmente un perfil bien definido de propietario¹⁹. No están prácticamente presentes otros trabajadores rurales cuyas tareas se confunden a veces con las del campesino tales como los pastores, con residencia fija, trashumantes o más especializados como los porqueros o boyeros, estos últimos solo mencionados en *Le flabel d'Aloul*; los viñadores, quienes, aunque podían tener algún terreno dedicado al trigo, se ocupaban casi exclusivamente de la viña como el marido de *De la male feme* (Méon, II: 81-85); los trabajadores del bosque, que talaban los árboles y fabricaban carbón; o los temporeros como los espigadores y los segadores. Con respecto a estos últimos, hay que señalar que aparecen mencionados en una ocasión en *Du vilain et sa femme*. Pero su aparición resulta anecdótica ya que no son protagonistas de la historia sino que aparecen bajo las órdenes del campesino propietario de las tierras y del trigo que siegan. Todo este conjunto de fuerza productiva conforma el universo de los trabajadores rurales, los *laboratores*, quienes son capaces casi de cubrir todas sus necesidades: plantan, cosechan, crían el ganado, muelen el trigo, pisan la uva, hilan, cosen, tiñen, venden en el mercado de la aldea o de la ciudad aquello que no consume la familia...

Sin embargo, hemos dicho *casi* porque este grupo social, tal como señala Robert Fossier (2000: 197), no puede vivir solo «[...] “du sien”: il lui manque du fer pour ses outils, de l'argile pour son bâti et ses réserves. Il a donc un besoin essentiel de l'artisanat». Este artesanado, que se instala progresivamente en las aldeas y pueblos, estará integrado en un primer momento por el herrero y el molinero, quienes, junto al cura, ocupaban un lugar privilegiado en la aldea²⁰. El primero de estos artesanos, el herrero, se establece en el campo entre los siglos IX y XII y fabrica los utensilios in-

¹⁹ Esta característica está tan asentada que, en su *Dictionnaire de l'ancienne langue française du IX^e au XV^e siècle*, Frédéric Godefroy recoge la acepción 'tenancier de roture' como una extensión significativa del término *vilain*.

²⁰ Estos artesanos dependían del señor para quien trabajaban casi exclusivamente hasta que, a partir del siglo XII, recibirán poco a poco la autorización de percibir una retribución por su trabajo para un tercero. Todavía en el siglo XIV, tanto el herrero como el molinero seguían estando estrechamente unidos a la gran explotación señorial que constituía su mejor cliente y de la que a menudo recibían una pensión (Duby, 1962: 259, t. 1).

dispensables de la vida rural tales como la reja del arado, la guadaña, la hoz, la pala, el hacha, herramientas que durante mucho tiempo habían sido de madera, incluida la reja del arado, reforzada únicamente con una punta de metal. En los *fabliaux*, este personaje aparece de forma muy limitada. En *Des vins d'Ouan* (Montaiglon, II, XLI), lo encontramos simplemente mencionado, junto al panadero, como degustador de vino (v. 37). En *Connebert* (Montaiglon, V, CXXVIII) se mencionan la fragua (v. 127), donde se calienta el hierro al rojo vivo (v. 133) con carbón (v. 130), y las herramientas de trabajo del herrero como las tenazas (v. 132), que permiten retirar el hierro candente del fuego para trabajarlo sobre el yunque (v. 134) con la ayuda del martillo (v. 258). Por su parte, en los primeros versos del cuento *Du fèvre de Creeil* (Montaiglon, I, XXI), se hace referencia a lo duro de su oficio y, por ello, para golpear el hierro al rojo vivo, una vez retirado del fuego, el herrero había contratado a un joven y fuerte aprendiz: «Uns fèvres manoit à Creeil, / Qui por battre le fer vermeil / Quant l'avoit trait du feu ardant, / Avoit aloué I serjant [...] / Moult ert deboneres et frans, / Les rains larges, grailes le flans, / Gros par espaules et espès,» (*Du fèvre de Creeil*, vv. 3-11)²¹. Por su parte, *De la dent* (Montaiglon, I, XII) nos presenta a un herrero en uno de sus quehaceres paralelos, la extracción de piezas dentales, que este personaje lleva a la práctica de manera particular pues, tras anudar con un hilo de hierro la muela dañada y unir el otro extremo al yunque, serán los propios clientes quienes se arranquen la muela en su deseo de huir por el temor que les inspira el herrero al acercarse con un trozo de hierro candente. Este carácter especial del personaje lo encontramos también en *Le vilain de Farbu*, anteriormente mencionado, donde, mientras lleva a cabo su trabajo delante de la fragua, un herrero socarrón tiene una herradura caliente en el umbral de su herrería para burlarse de los «faus et les esbahis» (Montaiglon, IV, XCV: 83) que intenten llevársela.

Finalmente, hablaremos del molinero, artesano encargado del molino y de la molienda, que interviene en el proceso de la producción agrícola después del desgrane de la espiga. Alejado del resto de casas, este artesano vive en el molino para mantener su maquinaria y para vigilar los sacos de grano bajo su custodia. Su papel de intermediario entre el campesino y el señor, quien, como propietario del molino, exige un pago por la molienda, conlleva un velo de sospecha, de trampa, de robo e incluso de costumbres indignas que lo acompañará hasta la aparición de las fábricas de harinas en el siglo XIX, momento en el que declina la importancia de su papel en la transformación del grano en harina (Fossier, 2000: 132 y 190). A pesar de la existencia de normas que regulan su actuación (Boileau, 1879: 15), esta mala fama del molinero se

²¹ Aunque aquí solo se habla de un ayudante, este *fabliau* refleja la situación real de este artesano ya que, para poder mantener vivo el fuego y fija sobre el yunque la pieza de hierro que trabaja con el martillo, el herrero necesitaba la ayuda de aprendices, generalmente dos o tres (Heers, 1968: 36; Fossier, 2000: 229).

ratifica con su rastro literario y así provocaba regocijo y risa ver en escena a este personaje astuto y burlón, protagonista también de numerosos cuentos, cuyo hacer, basado en engaños y robo sobre la harina, lo hizo merecedor de su propio refrán: «On est toujours sûr de trouver un voleur dans la peau d'un meunier». Esta disposición crítica, humorística e, incluso, agresiva hacia los molineros se convirtió para estos en una especie de persecución permanente, lo que hizo que el Parlamento de París interviniera para prohibir injuriar a los molineros o acosarlos por la calle con burlas bajo pena de prisión y de multa (Jacob, 1856: 236).

Tampoco este personaje se prodiga en los *fabliaux*. Solo podemos mencionar a dos molineros que reúnen los defectos más graves que se les atribuyen: el robo está presente en *Le meunier et les deux clers* (Montaignon, V, CXIX), donde se nos presenta a un molinero «qui trop savoit de son mestier» (v. 60), es decir, que sabía mucho de robar, en este caso, a dos pobres clérigos. Por su parte, las costumbres indignas están presentes en *Le meunier d'Arleux* (Montaignon, II, XXXIII), donde se habla del molino usado por la gente de los pueblos vecinos para moler su grano: «De maintes viles i ot gens / Qui au molin moloient souvent; / Il i ot molt blé et asnées» (vv. 15-17). Para poder aprovecharse de ella, este molinero retrasa el turno del trigo de una joven y bella campesina con el fin de que llegue la noche y esta deba resguardarse en su casa. Sin embargo, para provocar la risa a través de la sorpresa y lo inesperado, encontramos el recurso de la sustitución de manera que nada resultará tal como el molinero lo había planeado: sin saberlo, yacerá con su propia esposa y propiciará involuntariamente que su ayudante también lo haga.

Llegados a este punto, se impone una recapitulación que debe empezar por señalar que, dentro del mayoritario perfil popular presente en los *fabliaux*, el campesino protagoniza una cantidad no desdeñable de historias lo que permite sacar varias conclusiones interesantes acerca de este personaje y del propio género narrativo. Del campesino se destacan sus rasgos negativos tanto en el aspecto físico (fealdad, talla desproporcionada, fuerza excesiva, desaliño, suciedad, pobreza y falta de elegancia) como en el plano moral (excesiva ingenuidad, malicia, estupidez, celos, odio, falta de sincera religiosidad y, en general, naturaleza basta y ordinaria). Con frecuencia, se observa que sus características físicas conducen a sus defectos morales y estos últimos justifican las repercusiones negativas surgidas en su vida cotidiana. En este sentido, hay que precisar que, si bien resulta clara la existencia de cuentos donde se pone de relieve algunos rasgos positivos del campesino como su ingenio, hospitalidad y valentía, estos *fabliaux* son escasos y, como hemos señalado, siempre responden al deseo de presentar un contrapunto que introduzca la novedad, la sorpresa y, en consecuencia, la risa. De esta manera, *Le vilain qui conquiert le paradis en plaidant* y *Le pet au vilain* desvelan, en clave cómica, el alcance del prejuicio sobre la escasa calidad del campesinado y demuestran hasta qué punto dominaba en este momento la idea del poco valor del *paysan* que no solo lo excluye de las bondades de la tierra y, después de muer-

to, de las del Cielo; sino que, como ejemplo de exageración carnavalesca, incluso provocará su rechazo por el mismo Infierno.

En cualquier caso, el abanico de personajes rurales es bastante reducido limitándose prácticamente al herrero, al molinero y especialmente al campesino, quien, como hemos visto, se presenta siempre como un hombre de cierta edad, soltero o casado, propietario no solo de las tierras que trabaja duramente sino también de las bestias que lo ayudan en su labor. Así pues, frente al perfil del campesino pobre y sin yunta que trabajaba con su azada como jornalero en las grandes explotaciones, perfil mayoritario a finales del siglo XIII, los *fabliaux* privilegian al campesino propietario que constituía una excepción en la realidad rural contemporánea. Pese a su carácter excepcional, este personaje es asimilado al grupo y compartirá la misma imagen negativa atribuida en general al trabajador rural. Pero hemos dicho *pese a su carácter excepcional* y quizá sea más apropiado decir que es precisamente su rareza, fundamentada en su poder económico, la que hace de este tipo un personaje válido para el *fabliau*, donde se busca únicamente provocar la risa y esta brota más fácilmente si se trata de un individuo diferenciado socialmente, como en este caso, y con algo que perder.

El panorama rural se completa con la puntual aparición de dos artesanos claves en la vida cotidiana del campesino: el herrero y el molinero. Del primero se señala su duro y solitario trabajo en la forja lo que explica su rudeza y un cierto espíritu de superioridad oculta tras su socarronería. Por su parte, del molinero se realiza un retrato parcial que lo presenta como ladrón y dominado por costumbres indignas. De ninguno de estos dos artesanos se da una visión demasiado positiva con lo que se mantiene la idea de un universo rural generalmente dominado por cualidades negativas.

En definitiva, se hace evidente que, al estar definido por la risa y especialmente por su brevedad, la presencia en este género de la realidad rural y de la dureza de la vida del campesino en muchas ocasiones está determinada por su contribución al desarrollo de la acción. Así, por ejemplo, cuando se menciona la dificultad y esfuerzo de la labor del campesino en el campo, interesa introducir la excusa narrativa que garantiza la ausencia del marido del hogar. Este alejamiento resulta necesario para la consumación del adulterio (como en *Le vilain de Bailleul* o en *Le pauvre clerc*), aunque a veces la lubricidad que se atribuye a la mujer hace que, incluso estando el marido en el hogar, esta sienta la tentación de buscar el placer lejos del seno conyugal (*Du fèvre de Creeil*). Este rasgo negativo de la esposa se suma, como hemos visto, al peligro constante del que advierten estos cuentos, peligro derivado de la materialización del imperio de la mujer sobre el hombre ya que, como ocurre en *Le vilain de Bailleul*, este dominio puede provocar la perdición del marido. En cualquier caso, pese a este carácter funcional de la información sobre el mundo rural, los *fabliaux* presentan un alto grado de realismo, lo que les confiere un valor testimonial de gran importancia sobre ámbitos medievales tales como el paisaje rural, la naturaleza de las actividades rurales

o el aspecto exterior del campesino. Por ello, resulta importante señalar, en último término, que el campesino, el molinero y el herrero, tal como aparecen en los *fabliaux*, con sus rasgos negativos o puntualmente positivos, constituyen una excepción dentro del conjunto literario medieval francés donde estos personajes tienen poco espacio narrativo y, salvo las excepciones mencionadas anteriormente, un nulo protagonismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUBAILLY, Jean-Claude (1987): «Le fabliau et les sources inconscientes du rire médiévale». *Cahiers de civilisation médiévale*, 118, 105-117.
- Aucassin et Nicolette*. Edición de Jean Dufournet. París, Garnier-Flammarion, 1973.
- BARBAZAN, Étienne (1756): *Fabliaux et contes des poètes françois des XI^e, XII^e, XIII^e, XIV^e et XV^e siècle, tirés des meilleurs auteurs*. París, Vincent Imprimeur-Libraire, t. I; Amsterdam, Arkstée et Merkus, t. II y III.
- BÉDIER, Joseph (1969): *Les Fabliaux*. París, Librairie Honoré Champion [1^a ed. 1893].
- BERGSON, Henri (1956): *Le rire. Essai sur la signification du comique*. París, PUF.
- BOILEAU, Étienne (1879): *Les métiers et corporations de la ville de Paris. XIII^e siècle. Le livre des métiers*. París, Imprimerie Nationale.
- CHERUBINI, Giovanni (1990): «El campesino y el trabajo en el campo», in Jacques Le Goff, *El hombre medieval*. Madrid, Alianza Editorial, 121-147.
- CHRÉTIEN DE TROYES (1982): *Yvain ou le Chevalier au lion*. Edición de Mario Roques. París, Honoré Champion.
- DELORT, Robert (1972): *Le Moyen Âge. Histoire illustrée de la vie quotidienne*. Lausana, Edita.
- DUBY, Georges (1962): *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval (France, Angleterre, Empire, IX^e-XV^e siècles)*. París, Édition Montaigne, 2 t.
- DUFOURNET, Jean (1990): «Portrait d'un paysan du Moyen Âge: le vilain Liétard», in Jean Dufournet (ed.), *Le goupil et le paysan (Roman de Renart, branche X)*. París, Librairie Honoré Champion, 56-105.
- DUFOURNET, Jean (1992): «Les relations de l'homme et de la femme dans les fabliaux: un double discours», in *Femme. Mariages. Lignages (XII^e-XIV^e siècles). Mélanges offertes à Georges Duby*. Bruselas, De Boeck Université, 103-123.
- FARAL, Edmond (1922): «Des vilains ou des XXIII manières de vilains». *Romania*, XLVIII, 243-264.
- FOSSIER, Robert (2000): *Le travail au Moyen Âge*. París, Hachette.

- FREEDMAN, Paul (1992): «Sainteté et sauvagerie. Deux images du paysan au Moyen Âge». *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 3, 539-560 [Traducción de Françoise Marin].
- GODEFROY, François (1969): *Dictionnaire de l'ancienne langue française du IX^e au XV^e siècle*. Nendeln/Liechtenstein, Kraus Reprint, 10 t. [1^a ed. 1880-1895].
- HEERS, Jacques (1968): *Le travail au Moyen Âge*. Paris, PUF.
- IMBS, Paul y Bernard QUEMADA [eds.] (1971-1994): *Trésor de la langue française: Dictionnaire de la langue du XIX^e et du XX^e siècle*. Paris, CNRS/Atilf.
- JACOB, Paul Louis (1856): *Recueil de farces, soties et moralités du quinzième siècle*. Paris, Libraire-éditeur Adolphe Delahays.
- La farce de Maître Pierre Pathelin*. Edición de Jean Dufournet. Paris, Flammarion, 1986.
- Les cent nouvelles nouvelles*. Edición crítica de Franklin P. Sweetser. Ginebra, Librairie Droz, 1996.
- LEGRAND D'AUSSY, Jean-Baptiste (1879): *Fabliaux ou contes du XII^e et du XIII^e siècle traduits ou extraits d'après divers manuscrits du tems*. Paris, Librairie Eugène Onfroy, V t.
- LÓPEZ ALCARAZ, Josefa (1991): «Villanía-villano. Redes léxicas en los *fabliaux*». *Estudios Románicos*, 7, 87-113.
- LÓPEZ ALCARAZ, Josefa (2000): «Estudio etimológico y semántico de un *fabliau*». *Anales de Filología Francesa*, 9, 185-204.
- LORCIN, Marie-Thérèse (1976): «Quand les princes n'épousaient pas les bergères ou mésalliance et classes d'âge dans les *fabliaux*». *Medioevo Romanzo*, III, 195-228.
- LORCIN, Marie-Thérèse (1985): «De l'*Oustillement au vilain* ou l'inventaire sans raton laueur». *Revue historique*, CCLXXIV (2), 321-339.
- LORCIN, Marie-Thérèse (2000): «Des paysans retrouvés: les vilains du XIII^e siècle d'après quelques textes en langue d'oïl». *Cahiers d'histoire*, 45 (2), 1-16 [consulta en línea: <http://ch.revues.org/index207.html>; 22/09/2011].
- LORCIN, Marie-Thérèse (2011): «Du vilain au paysan sur la scène littéraire du XIII^e siècle». *Médiévales*, 61, 163-186.
- MANE, Perrine (1985): «L'iconographie des manuscrits du *Traité d'agriculture de Pier' de Crescenzi*», in *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Moyen-Âge, Temps modernes*, t. 97, 2, 727-818.
- MATORÉ, Georges (1985): *Le vocabulaire et la société médiévale*. Paris, PUF.
- MÉNARD, Philippe (1983): *Les fabliaux, contes à rire du Moyen Âge*. Paris, PUF.
- MÉNARD, Philippe (1990): «Le rire et le sourire au Moyen Âge dans la littérature et dans les arts. Essai de problématique», in Thérèse Bouché y Hélène Charpentier (comp.), *Le rire au Moyen Âge dans la littérature et dans les arts*. Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 7-28.
- MENDOZA-RAMOS, María del Pilar (2007): «Los motivos de la risa en *Les cent nouvelles nouvelles*», in Dominique Bonnet, Ma. José Chaves García y Nadia Duchêne (eds.),

Littérature, Langages et Arts: Rencontres et Création. Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva [CD-ROM].

MÉON, Dominique Martin (1873): *Nouveau recueil de fabliaux et contes inédits, des poètes français des XII^e, XIII^e, XIV^e et XV^e siècles*. Paris, Chasseriau Libraire-éditeur, IV t.

MONTAIGLON, Anatole de y Gaston RAYNAUD (1973): *Recueil général et complet des fabliaux des XIII^e et XIV^e siècles imprimés ou inédits publiés avec notes et variantes d'après les manuscrits*. Ginebra, Slatkine Reprints, 6 t. [1^a ed. 1872-1890].

NYSTROM, Urban (1940): *Poèmes français sur les biens d'un ménage depuis l'Oustillement au vilain du XIII^e siècle jusqu'aux Controverses de Gratien du Pont*. Helsinki, impr. de la Société de Littérature Finnoise.

NYKROG, Per (1973): *Les fabliaux*. Ginebra, Librairie Droz.

RUTEBEUF (1839): *Œuvres complètes. Trouvère du XIII^e siècle*. Edición de Achille Jubinal. París, Édouard Pannier.

TISSIER, André (1986-2000): *Recueil de farces (1450-1550)*. Ginebra, Droz, 13 t.